

BIC LLAMA DESDE PARÍS, FRANCIA

Aquella tarde de verano había decidido irme a la montaña.

En la ciudad, la temperatura había alcanzado los 42 grados centígrados. La Calabria Saudí nos recordaba cómo es el calor del desierto. Todavía no nos habían admitido en la OPEP, Italia seguía negándose a dejarnos marchar, y Bruselas presentaba cada día una factura distinta, cada una con su nuevo sacrificio.

Incapaz de dejar de pensar en cómo pasaba mis días, sonreí ante los acontecimientos recientes y pensé en lo frágil que podía ser la humanidad dentro de las historias, dentro de los pensamientos, y mientras releía los mensajes guardados en mi teléfono.

Solo habían pasado unos días desde que todo el consejo de administración de BIC France había abandonado mi ciudad. Chanel se marchó poco después, y menos de veinticuatro horas más tarde me envió un mensaje por Telegram.

Decía:

“La mujer del hotel me dio su número de teléfono. Las mujeres siempre nos hacemos estas pequeñas cortesías unas a otras. Me alegró de verdad conocerlo, y agradecí que no hiciera lo que suelen hacer casi todos los hombres. Prestó atención a mi mente y no solo a mi cuerpo.

Pero, hablando con franqueza como mujer, creo que esto no es el final. No es una promesa; es mucho más que eso. Y las mujeres nunca renunciamos a las cosas imposibles.

Hablamos pronto.

Besos,

Chanel”.

Estaba a punto de guardar el teléfono y desaparecer en la naturaleza cuando llegó otra llamada.

El prefijo era el de siempre.

+33. Francia.

Chanel quería hablar conmigo.

No contesté enseguida.

De hecho, solo contesté al cuarto intento; cada llamada llegaba casi exactamente cinco minutos después de la anterior.

Quería entender hasta qué punto el asunto era de verdad urgente e importante, y esta era la única estrategia que me permitía medirlo como es debido.

Era uno de los secretos que me había enseñado Madre Gillette.

Nunca ofrezcas toda tu disponibilidad.

No te pongas demasiado a mano.

Conviértete en algo valioso, casi en un objeto precioso.

Solo entonces aumentará tu valor, y solo entonces la gente te mirará como corresponde.

Al final llegó el momento de contestar.

Sonaba irritada y enseguida preguntó dónde me había metido.

Era importante.

Era urgente.

Necesitábamos otra reunión.

Pero esta vez, dijo, sería al más alto nivel.

“¿Quién es?”, pregunté. “¿El papa del Vaticano?”

“No”, respondió riendo. “Usted siempre igual”.

El comentario casi daba a entender que ya había llegado a conocerme.

Luego continuó.

“La familia que posee la mayor participación accionarial de BIC quiere conocerlo. Y, por extraño que parezca, incluso para mí, son todas mujeres. Ningún hombre”.

“¿Vendrá a París?”

“Tengo que ver cuánto cuesta el camello disponible”, respondí. “Además, ya sabe que vivo con muy poco”.

“Sabía que vendría por una sola razón”, contestó.

“Leyendo sus libros me di cuenta de que usted nunca les dice que no a las mujeres. Es una cuestión de elegancia, de estilo y de clase. Cualquiera que lea su obra puede verlo”.

“Por favor, no me haga sonrojar”, dije. “Sobre todo porque por teléfono nunca lo notaría. ¿Y cuándo exactamente quiere que vaya?”

“Cuando usted quiera. No hace falta cita. Lo recibirán en un café de los Campos Elíseos. Puede pedir lo que desee de beber”.

“Lo organizaré y le avisaré pronto”.

“Adiós”.

“Adiós”.

Cuando terminó la llamada, pasé mucho rato pensando.

Pero ningún pensamiento podría alcanzar jamás la realidad que encierra la improvisación de las mujeres extraordinarias.

Ferdinando